

XXII.

Nada hago mas de lo que hacer me ordena,
 Y aunque indigno, me tengo por dichoso;
 ¡Es una Reina tan amante y buena,
 Y su nombre tan grande y tan glorioso!...
 —Todo es verdad; mas esa historia llena
 Está de ensueños; y lo mas vicioso
 La falta de persona mas notable
 Que un indio macehual, un miserable.

XXIII.

Calló y bajó sus ojos sonrojado
 El triste Juan; mas luego humildemente,
 Sin darse por sentido y agraviado,
 Les dijo así:—No soy mas que un sirviente,
 Y al ilustre Señor traigo el recado
 Que la Reina le envia nuevamente.
 Me direis ¿no la sirvas? no lo creo,
 Ningun cristiano tiene ese deseo.

XXIV.

Al modo que medroso el caminante
 A quien la noche hallara en despoblado,
 Aquí y allí camina siempre errante,
 Cada paso que da mas estraviado;
 Mas si pequeña luz, aunque distante,
 Sus ojos derepente ha iluminado,
 Emprende allá su marcha derecera
 Y libre de temor se considera;

XXV.

Así los familiares que se andaban
 Perdidos de las vagas congeturas
 En el inmenso pais, y siempre hallaban
 Tinieblas mas espesas, mas oscuras:
 Al escuchar al indio vislumbraban
 La claridad de sus acciones puras,
 Y á poco á poco se iban persuadiendo
 De la verdad, sus miedos deponiendo.

XXVI.

Y á su arribo tardío y no esperado
 Sentian igualmente alguna cosa
 Que les daba un placer no acostumbrado,
 Y escitaba una idea religiosa:
 Sintieron ellos que un poder sagrado
 Protegia de Juan la misteriosa
 Embajada, y con buen comedimiento
 Lo entraban del Obispo al aposento.

XXVII.

Entre tanto unas flores casualmente
 En la dichosa tilma descubrieron,
 Y con manos violentas, juntamente
 Arrancárselas ambos pretendieron:
 Quedáronse burlados tristemente,
 Que en la tilma estampadas parecieron;
 Y entonces Juan:—Son, dijo, las señales
 De mi verdad, son rosas invernales.

XXVIII.

Empero á mí la Reina me ha ordenado
 Que á nadie se las muestre antes que sea
 A mi Señor yo mismo presentado,
 Que él primero es forzoso que las vea;
 Que á luego examinadas con cuidado,
 Declare si es ya tiempo que se crea
 El mensaje del Cielo, y se practique,
 Disponiendo que el templo se edifique.

XXIX.

Llegaban así hablando á la presencia
 Del buen prelado, que escuchado habia
 La plática final, y, Tu obediencia
 Es buena prueba, al neófito decia:
 No temas, Juan, no temas, ten paciencia,
 Que todo se ha de hacer con la energía
 Que requiere un asunto que dimana
 De voluntad mas fuerte que la humana.

XXX.

Ninguno que resiste al poderoso
 Dueño y Señor del Cielo y de la tierra,
 Vió de la paz alegre el rostro hermoso,
 Que él mismo se hace una continua guerra:
 El mismo es su tirano, y siempre ansioso
 De venturosa paz, él la destierra
 Del pobre corazón, y de otro imperio
 Gime á su vez en hondo cautiverio.

XXXI.

Esos tristes sucesos, esos males
 Que desgarran la faz de las naciones,
 Castigos son de Dios, no son casuales;
 Son ejemplos terribles, son lecciones
 Que dicen á los míseros mortales,
 Que no tienen mas ley que sus pasiones,
 Con voz atronadora y elocuente:
 No se ofende al Señor impunemente.

XXXII.

No hay ciudad de refugio mas segura
 Que la Madre de Dios, de gracia plena
 Desde su ser primero, limpia y pura,
 De toda imperfeccion y mancha agena:
 Al ver el Hijo Santo su hermosura
 Se deleita, y el júbilo serena
 Su airada faz, su cólera mitiga,
 Y á su ruego perdona y no castiga.

XXXIII.

Dichoso el que la sirve, el que merece
 Su amante proteccion, el que reposa
 A su sombra, y en ella permanece
 En la observancia santa y religiosa;
 Todo mal con su vista desaparece,
 Todo bien reproduce dadivosa:
 ¡Tantas glorias su nombre nos revela!
 ¡Tantos bienes su amparo y su tutela!

XXXIV.

Estos dias pasélos con cuidado
 No fuese tu mision interrumpida
 De algun siniestro caso no pensado,
 Y aguardaba con ansia tu venida;
 Mas tú entre tanto ¿en qué te has ocupado?
 ¿Al cabo de la Reina fué acogida
 Con su bondad, cual suele, mi demanda?
 Nada temas, ¿es ella quien te manda?

XXXV.

Entonces Juan contóle brevemente
 Cuanto habia en su ausencia acontecido,
 La enfermedad mortal de su pariente
 Y el milagroso alivio recibido:
 Y cómo su Señora últimamente
 Le habia derepente aparecido
 Y ordenado bajase de la altura
 Unas flores sin par en la natura.

XXXVI.

Y son, dijo, las señas que me ha dado
 De la verdad y fin de mi embajada;
 Mirad, Señor, si son de vuestro agrado,
 Y si hay una belleza tan prendada.
 Acercándose entonces al prelado,
 Y de la ruda manta afortunada
 Sosteniendo las puntas superiores,
 Con cuidado soltó las inferiores.

XXXVII.

¡Oh Musa! ¡oh buena Musa! aquí tu aliento
 A mis cansados labios comunica:
 Ven otra vez del alto firmamento
 Y mis lánguidas voces vivifica:
 Dime qué pasa en solo este momento
 Y el asombro comun qué significa
 Hora que Juan un paso se adelanta
 Y despliega solícito su manta.

XXXVIII.

Cayó un grupo de rosas, salpicado
 Del rocío del Cielo suavemente,
 Y al punto el Santo Obispo arrodillado
 Cayó, y sus familiares igualmente;
 Que en la dichosa tilma del enviado
 Pintada por la diestra omnipotente,
 Con primor, con belleza sobrehumana
 Apareció la VIRGEN MEXICANA.

XXXX



FE DE ERRATAS.

En la parte latina, pág. primera, línea 9, dice:—allierant:
 —debe decir:—*alliciant*.—En la pág. segunda, línea 19, di-
 ce:—*quæ unto situs*:—debe decir:—*quæsitus*.—En la pág.
 tercera, línea 16, dice:—duodece:—debe decir:—*duodecim*.

